EL PINTOR E ILUSTRADOR AUGUSTE LEROUX

POR

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

"No se discute la legitimidad de las búsquedas estéticas atrevidas. Los pueblos han sido servidos por sus franco-tiradores y sus hijos perdidos, como por sus tropas regulares. Pero es indispensable que las grandes tradiciones no se pierdan. Es indispensable que entre los que las defienden haya hombres de un talento inatacable e incontestable, susceptibles de transmitir a su vez la *antorcha.*" Estas palabras de M. Frederic Dupont, ex ministro, presidente del Consejo Municipal de París en 1956, pronunciadas por el mismo en el brillante y solemne homenaje oficial que la Villa de París rindió a la memoria de Auguste Leroux, sitúan y destacan al artista en el maremagnum estético de la *Ville Lumière.*

Homenaje significativo en extremo, ya que el mismo M. Dupont aseveraba, además, que es el arte de Auguste Leroux el de la verdadera escuela de París.

Tal aseveración es fácilmente comprensible si consideramos cómo entre los nombres famosos de la llamada escuela de París pocos son los de raigambre francesa, y recordamos que fueron ciertos mercaderes de Munich quienes, por razones obvias de señalar, instalaron allí sus tiendas, y desde ellas los sucesores siguen distando aún las más fugaces modas.

La obra de Auguste Leroux es rica, variada, amplia, siempre sensata, como se pudo apreciar en la gran exposición póstuma organizada bajo el patrocinio del Ministerio de Educación de Francia en el *Grand Palais* de los Campos Elíseos de París en 1956.

Obra concienzudamente elaborada, que nos muestra un oficio seguro, adquirido en largos años de familiaridad con los maestros, y un talento nada común, revelado precozmente, que se desplegó y maduró a lo largo de su dilatada vida, produciendo, como es frecuente en los verdaderos maestros, frutos de entre los más notables ya en la vejez.

En su evolución, Auguste Leroux, partiendo de una pintura algo sombría, al modo de algunos maestros españoles, que tanto le impresionaron siempre, conserva de ellos la franqueza y la verdad, para abordar posteriormente coloraciones más claras en las que su personalidad se desenvuelve lejos de reminiscencias y de prejuicios de escuelas. Este eminente francés no sólo amó el arte sublime de los maestros españoles e italianos, sino que comprendió las virtudes —y ante ellas se inclinaba— y los defectos —que para él no lo eran tanto— de los pueblos que engendraron a estos maestros. De aquí, del talento con que supo mirar en torno, la universalidad de su arte.

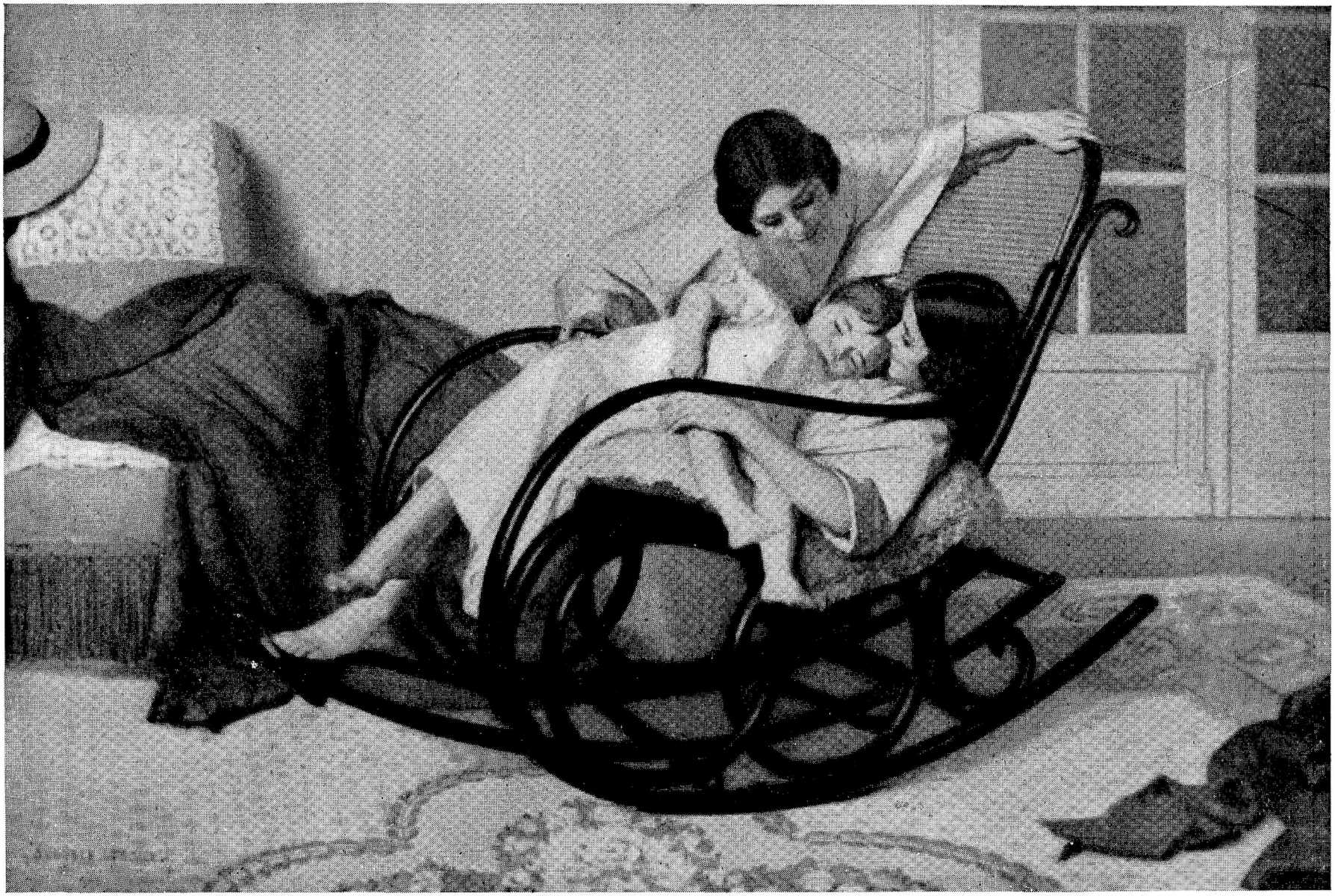
Auguste Leroux, cuyas profundas raíces eran provincianas, de padres y abuelos normandos, nació en París en 1871, durante la Commune.

Hijo de un editor de estampas, a los trece años de edad hacía ya dibujos a la pluma para los libros de enseñanza de historia de Francia. Esta vocación temprena es clara y decidida. En la Escuela de Artes Decorativas y en la Nacional Superior de Bellas Artes, de París, donde estudia bajo la dirección de Léon Bonnat, gana todas las recompensas escolares. En 1894 llega la consagración con el "Premier Grand Prix de Rome", obtenido con un tema muy de la época: *Judith presentando la cabeza de Heloformes* [1].

Llega, con veintitrés años, a la Villa Medici, a Roma, sueño dorado de tantos artistas. Allí entra en contacto directo con las obras maestras acumuladas en la Ciudad Eterna; con la campiña romana, inspiradora profunda de muchas generaciones de pintores; la vida popular, el pintoresquismo de las calles, "las nobles perspectivas que se inscriben en el marco de las siete colinas", allí, inmerso en el perenne magisterio del arte itálico y del ámbito romano, su personalidad cuaja y se enriquece prodigiosamente.

Era un tiempo en el que los artistas pensionados en Roma tenían sus obligaciones o deberes bien marcados y controlados, y los envíos de los

1. Este cuadro se conserva en la colección de la referida Escuela de Bellas Artes.



AUGUSTE LEROUX.—«Los hijos del pintor».

AUGUSTE LEROUX.—«Titiriteros».

más dotados de talento eran ya obras maestras. Así los de Auguste Leroux, que se conservan en los museos de Coutances con el título *Belisario*, y de Bayeux con el título *Samson y Dalila* [2].

Artista de auténtica vocación, la actividad suya no se limitó a cumplir sus obligaciones de pensionado, sino que, durante los años de permanencia en Italia, multitud de croquis, pinturas de arquitecturas y ruinas, interiores de iglesias, etc., fueron para él como una recolección de recuerdos y documentos que más tarde irá desgranando a lo largo de su obra.

Acude por primera vez, tímidamente, a modo de ensayo, al Salón de 1898 con su *Samson y Dalila*, y obtiene la primera medalla y los encendidos elogios de Benjamin Constand.

De regreso en Francia continúa atrayéndole el aire libre y el paisaje, sea en Bretaña o en París, donde el Museo Cluny y las Termas le inspiran algún tiempo. Es la influencia romana, que en todo artista que ha vivido y trabajado en la Ciudad Eterna se manifiesta de algún modo.

Crecía su nombre y pronto afluyeron los encargos de retratos de personajes célebres, muy honrados ellos también en confiar la perpetuación de su imagen al arte sutil de un gran pintor [3].

Mas Auguste Leroux, maestro en toda su amplitud, abarcó otras modalidades y sus dotes múltiples le permitieron brillar en las más diversas.

Si le interesó la calle romana, es la calle parisién la que le inspira su *Bateleur*, obra que "tanto los sostenedores de estéticas diferentes a la que él permaneció siempre fiel, como los devotos del gusto más clásico, están acordes en considerar como extremadamente atractiva y producto de un verdadero talento de pintor" [4].

Sin embargo, es en la composición y en el desnudo, casi siempre femenino, donde su maestría se nos ofrece más amplia y sabia. Su gran cuadro

---

2. Las *Dos cabezas*, que figura en el Museo Víctor Hugo, y *Los Monjes en el Desierto*, adquiridos por el Estado, son igualmente envíos de Roma.

3. Son, entre otros muchos, los de las famosas actrices de la Comedia Francesa Mme Segond-Weber y Mlle Mitzi Dalti; los de Anatole France y Louis Barthou, el Dr. Marion, André Dezarrois, el barón Du Theil, Hyacinthe Loyson, etc.... Todavía, frisando en los ochenta, le vemos ejecutar uno de los más logrados: el de Mme André Girard.

4. Producción muy conocida, pertenece al Museo «Petit Palais de Paris».

Berberiscas bañándose puede emparentar con Chasseriau o con Delacroix, y una de sus *Mujeres que se bañan,* de 1930 —la blanca—, no habría dejado de obtener el beneplácito del exigente Mr. Ingres. A los ochenta años pinta todavía uno de sus más bellos y firmes desnudos. Y con los desnudos mencionemos aquella serie deliciosa de danzarinas tan personales, de coloración delicada y de espíritu tan francés.

Al mismo tiempo que creaba estas pinturas, con las que obtuvo fama, granjeándole recompensas, honores y una subida cotización de las mismas, por ser un trabajador perseverante y sin pausas, y que en su estudio apenas si podían contemplarse otras que las obras en ejecución, el pintor ocupaba ancho lugar en la ilustración del libro moderno. Conoce el arte de respetar el pensamiento del escritor, conservando al asunto el carácter de un verdadero cuadro [5]. El gran dibujante que era y su poderosa imaginación viértense en las más bellas ilustraciones de obras famosas, en ediciones que los bibliófilos se disputan. *La Rotiserie de la Reine Pedauque,* de Anatole France, obtuvo los sufragios de un referendum de bibliófilos y hoy constituye un monumento de la ilustración.

Son famosas igualmente *Les Noces Corinthiennes,* del mismo autor; las *Memorias de Casanova;* el *Werther,* de Goethe; *L'Abesse de Castro,* de Stendhal; *Un Coeur Simple,* de Flaubert; *A Rebours,* de Huismans; *Histoires extraordinaires,* de Edgard Poë; *Kim,* de Rudyard Kipling; *Les liaisons dangereuses,* de Laclos; *Les Romanesques,* de Rostand; sin olvidar los inenarrables *Bouvard et Pecuchet* y el simpático *Passe Partout* del *Tour du Monde en quatre vingts jours...*

Gran patriota, produjo además aquellas famosas composiciones, fija-

---

5. Tarea temible si se piensa en las dificultades de comentar con el dibujo las obras maestras de la literatura, tarea en la cual se reveló como un gran maestro.

«Ante todo —decía él— es necesario respetar el pensamiento del escritor. El lector imagina el rostro de las personas descritas y la ilustración no tiene el derecho de decepcionarle. Por esto, el artista debe penetrarse del espíritu del libro, amarlo como lo ha amado el autor e interpretarlo en las grandes líneas. Es, si se quiere, un acompañamiento. Hay que poner en ello mucha flexibilidad.»

Añadamos: y mucho talento. Porque con talento es como Auguste Leroux ha traducido las grandes figuras familiares que nos han legado Goethe, Balzac, Flaubert, Anatole France, etc...

das en todos los muros de Francia durante la Gran Guerra de 1914-1918, para llamar a los franceses a suscribir los empréstitos de la Victoria.

Profesor de la Escuela de Bellas Artes desde 1906, formó allí a numerosos discípulos, entre ellos a su hermano Georges —más tarde "Grand Prix de Rome", profesor y académico— y a sus hijos Madeleine, Lucienne y Andrés, los tres artistas de reconocido talento.

Auguste Leroux supo mantener siempre en su hogar el centro de una fecunda vida artística, secundado por una esposa vigilante, mujer singularmente sensible a la belleza.

"Si yendo a visitar a Auguste Leroux, en el hotel particular que ocupaba en Montrouge, le pedíais que os enseñase sus cuadros, os diría: "He aquí la última tela de mi hijo Andrés; ¿qué os parece?" En seguida os enseñaría los paisajes españoles o romanos de Madeleine, o las apretadas composiciones de Lucienne, y, por último, os mostraría alguna de sus obras, como si no tuviera importancia."

"Modestia muy natural en él, pero que no impidió que le fuera reconocido un puesto de primera fila en la pintura francesa de su tiempo."

No olvidando que no se puede separar al artista del hombre, quiero hacer resaltar la noble y recta actitud de Auguste Leroux en una vida consagrada por entero al servicio de Arte. Mientras que el Arte ha venido a ser hoy un juego charlatanesco, extravagante e incoherente, trivial y fácil, él tenía conciencia de que el Arte es una cosa muy alta y muy difícil; y así, pasó su vida en vigilia permanente, en pos de una destreza y una maestría, si hoy desdeñadas, ineludibles en toda obra que tenga ambición de perennidad; desarrollando, en fin, una superior evolución de su espíritu, sin la cual toda obra de arte es vana.

Su natural modesto y tímido, su honradez sin tacha, junto con una intrínseca bondad, que hacían de él un caballero cabal, le llevaron también a un cierto retraimiento, a una entrega total y amorosa a su obra, en la cual cifraba sus sueños y satisfacía su anhelo —tan francés— de perfección, de claridad y de mesura. Lograba así una obra sana, tan distante de

"la novedad a todo precio", como de lo ya visto y trillado, y de lo ilegible, como de la imitación servil.

Fué uno de esos pocos hombres que hasta el fin creyó en las fuerzas del alma, pese a los medios intelectuales, cansados y escépticos, en que se desenvolvía. Respetabla la Divinidad, amó profundamente a su patria y supo mantener con dignidad y rigor, como ya hemos apuntado, ese núcleo básico de la sociedad que es la familia.

Normas y principios orientaron en todo momento sus actos; y en esta época, que no es precisamente la de la mano tendida, sino la del puñetazo, prefirió siempre quedarse en un segundo plano, no lastimar a nadie ni suscitar la envidia o el enojo del prójimo.

Auguste Leroux no gritó, no hizo apenas ruido, no se propuso brillar. ¡Qué gran virtud la suya! En un mundo en el que los más anhelan ser únicos o primeros, y en el que la propaganda confunde y falsea, Auguste Leroux quiso nada menos que ser él mismo; y lo fué, calladamente, en su taller, en su magisterio de treinta años en la Escuela Superior de Bellas Artes de París, en el Jurado y el Comité de la Sociedad "des Artistes Français" y entre sus amigos.

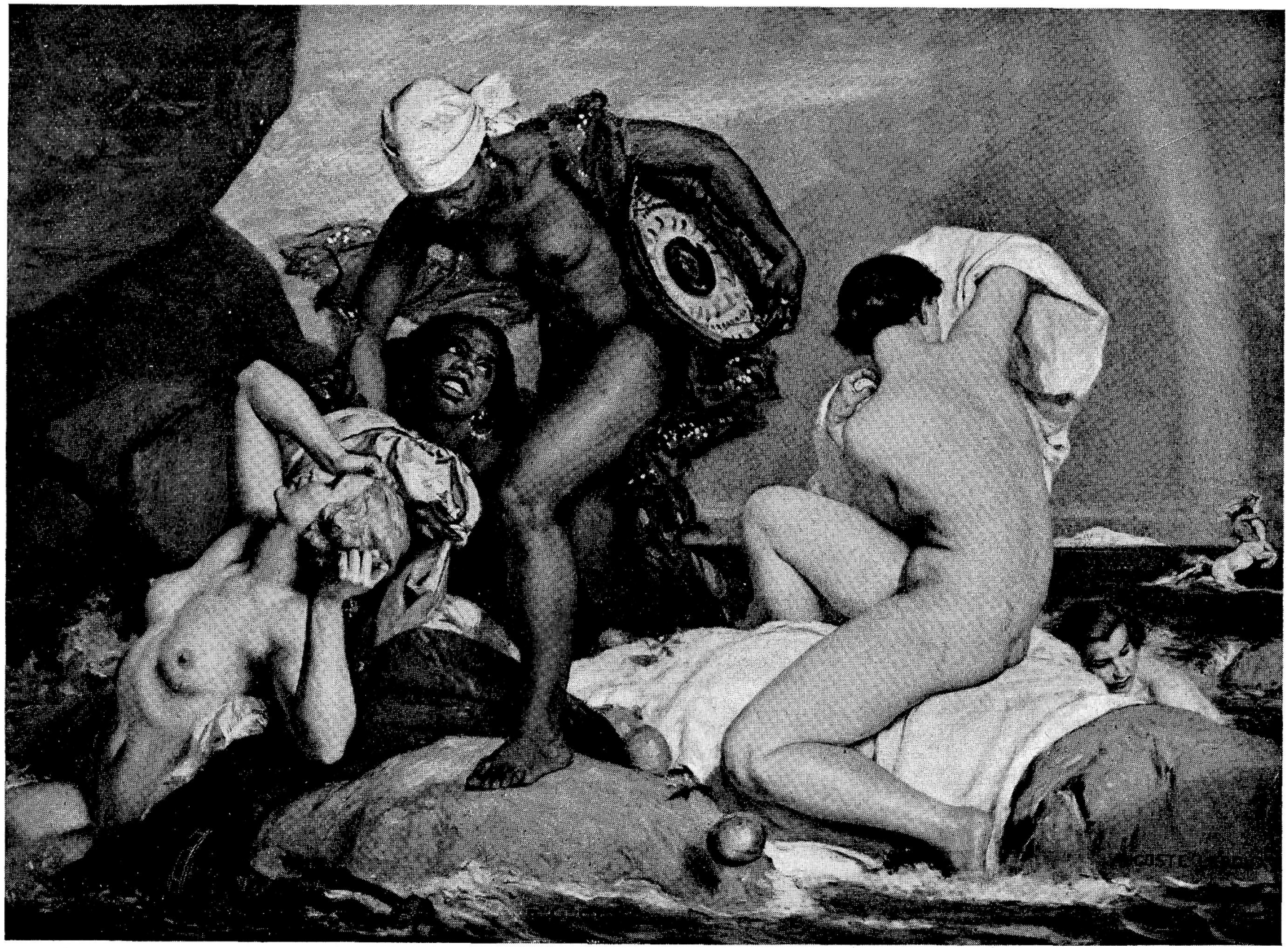
Concienzudo y enjundioso, cuanto sabía, que era mucho, lo sabía por elaboración propia, porque estudiando, leyendo y observando, reflexionaba, asentía o refutaba, deducía y llegaba a consecuencias e ideas personales.

Si algún día se recopilaran sus escritos, diseminados hoy en páginas de álbum, darían cabal idea de la profundidad de su pensamiento. He aquí algunas de estas páginas:

* * *

"La Belleza.

Se ha hecho banal decir del artista que debe ser sensible a la Naturaleza. Esto es evidente, mas no basta. Si, en efecto, el artista extrae de la Naturaleza y de la Vida la esencia misma de su arte, el



AUGUSTE LEROUX.—«Mujeres berberiscas bañándose».

pintor, para expresarse, se encuentra en un feudo particular hecho de posibilidades materiales, de medios y de necesidades decorativas y expresivas.

Coordinar estos elementos diferentes constituye el Arte. Creación de lo bello, verdadero alumbramiento del yo interior, en correspondencia con el admirable espectáculo circundante: ¡la Vida!

En el espacio más o menos limitado de una tela, el artista deberá crear belleza. Es ahí, en ese recinto pictórico, hecho a la vez de imitación, de transposición y de composición, donde será preciso buscar la armonía.

Nada más vivo ni más lejos de la Naturaleza que un Veronés, un Rubens o un Delacroix, por ejemplo.

Son más bellos que cualquier realismo de nuestra época. Han sabido comprender y hacérnoslas sensibles las leyes de belleza.

El límite de interpretación está en una suficiente verosimilitud de lo representado. El espectador debe comprender, sin esfuerzo, cuando la imagen pasa ante sus ojos.

Es cierto que la pintura llamada "moderna" va más allá o aun falsea el fin cuando no puede alcanzarlo.

Ella pide al espectador más de lo que le da. Ella hace demasiado difícil, y a menudo imposible, la asimilación.

Hemos llegado en este sentido, no a ensanchar nuestra comprensión, sino a habituarnos solamente o fórmulas pictóricas frecuentemente detestables. Esto parece, al menos, inútil.

En resumen: el planteamiento del problema, puesto sobre la tela, no basta.

Es necesario resolver; hay que realizar y concluir. Los maestros de todas las épocas no dejaron nunca de hacerlo."

* * *

"El Arte.

Por el impulso y por deseo de imitación lo constituye una interpretación de las apariencias.

De aquí su diversidad y las luchas que se manifiestan cuando afirma cada uno lo que él cree ser la verdadera expresión.

No obstante su variedad, para los sentidos sigue siendo el lenguaje más comprendido de todos y un medio de expresión que se basta a sí mismo. El permanece sobre el plano de las apariencias.

Más allá, nosotros percibimos por reflexión e inteligencia aquella transparencia de la que hablaba Víctor Hugo y que nos conduce a otras apariencias.

Pero aquí nos salimos ya del plano sobre el cual se sitúa el Arte.

En Arte, lo que nos conmueve, lo que nos encanta, lo que nos deleita, es en definitiva lo que nos convence; y esto es la verdadera libertad de espíritu, a pesar de todas las afirmaciones arbitrarias."

* * *

En una época en que todo vacila, en la que no hay juicio seguro y en la que se ha perdido el sentido de la belleza, la obra de Auguste Leroux subsistirá como testimonio sensible y armonioso de un artista de fe, de talento seguro, que, sabiendo resistir a todas las sirenas, lo desarrolló precisamente en aquel medio parisién, donde han sido posibles todas las audacias y donde los fermentos disociadores tienen su mejor cultivo.

En memoria de esta noble vida de trabajo, bien cumplida, sin tacha, ejemplar, el Consejo Municipal de París colocó en la casa en que vivió y trabajó una lápida, con un busto en bronce de Auguste Leroux, obra mía. Honró así la memoria de un artista honesto y puro, y la ofrece a las generaciones venideras haciendo ver que en un tiempo en que declinan las virtudes que Auguste Leroux encarnó, el Municipio de París sabe honrarlas consciente de su perennidad, ya que son las virtudes del hombre mismo.